

JUEVES SANTO: DEJEMOS QUE JESUS NOS LAVE LOS PIES



Jacopo Tintoretto, *El Lavatorio* (Museo del Prado, 1548 -1549)

El Jueves Santo es nuestra entrada en el Triduo Pascual –los tres días centrales de la Semana Santa– y nos brinda ya las claves para recorrer el camino que conduce con Jesús a la resurrección.

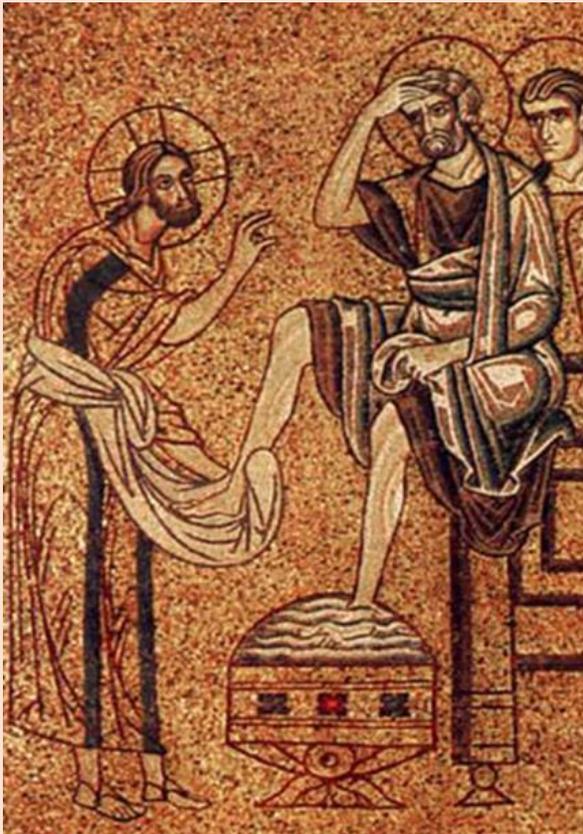
El Evangelio según San Juan es el último de los cuatro evangelios en ser escrito. Juan, el autor, debió conocer el relato de la institución de la Eucaristía contenido en los primeros tres evangelios (que llamamos sinópticos, porque en términos generales relatan los mismos hechos), y decidió no repetirlos, sino narrar otra historia de esas últimas horas de la vida de Jesús que, del mismo modo que la Eucaristía, revela el sentido profundo de su muerte, y su significado para nosotros.

Juan comienza señalando de que Jesús sabía con toda claridad que había llegado su “hora”, el momento fijado por el Padre para que entregara su vida en la Cruz. Y por eso mismo, es también el momento de revelarles a sus discípulos el sentido de su muerte: su amor por ellos “hasta el fin”, es decir, hasta el último aliento de su vida, hasta el extremo, e incluso a pesar de todo: sabiendo que Judas ya había decidido traicionarlo (y que Pedro lo iba a negar y que los demás iban a huir).

Y en medio de la cena, “se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido”. Creo que a nosotros nos resulta muy difícil entender el estupor que debió suscitar este gesto en los apóstoles.

Hoy la servicialidad, dentro de ciertos límites, puede ser vista como una virtud de cualquier persona, pero en aquella cultura, tan jerárquica y estamental, el servicio era una tarea propia de sirvientes. Y lavar los pies polvorientos de los invitados era una labor propia de los sirvientes más bajos. A lo sumo, el discípulo podía lavar los pies del maestro. Pero a la inversa, que un maestro lavara los pies de un discípulo era algo impropio, no un gesto admirable sino todo lo contrario: una renuncia al bien máspreciado, el propio honor.

Además, los discípulos saben que se encuentran en una situación muy difícil y peligrosa, aunque no tengan en claro como Jesús lo que va a suceder. Y en esas circunstancias, esperarían que su maestro diera muestras de orgullo y seguridad en las propias fuerzas para vencer a sus adversarios. Ver por el contrario a Jesús arrodillado a sus pies como un sirviente, debió haberlos sumido en el mayor de los desconciertos, lleno de duda y angustia.



Pero como siempre, es Pedro el que se anima a expresar lo que los demás callan por timidez. Cuando llega su turno, se resiste con vehemencia: “Señor, ¿lavarme los pies tú a mí? No me lavarás los pies jamás”. Es una manera de llamarlo a que reaccione con sensatez y coraje, y vuelva a ocupar el lugar de honor que le corresponde. Pero delante no tiene a un hombre vencido y vacilante. Jesús se muestra infinitamente digno y seguro de sí: “Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo”.

Aquí encontramos la indicación del primer sentido del Lavatorio de los Pies, en el que se apoya todo lo demás. Es un gesto que expresa el sentido de toda la vida y de la muerte de Jesús: Él se abajó para hacerse uno de nosotros y se abaja todavía hasta afrontar la muerte para servirnos. Dios se pone a nuestros pies como un esclavo. Todas las religiones han partido de la pregunta de cómo servir debidamente a Dios. Con Jesucristo todo se invierte: es Dios quien sirve al hombre tomando la iniciativa del amor.

Y el gran desafío ya no es, en primer lugar, servirlo sino dejarse servir por Él.

Para los discípulos, aceptar que su maestro los sirviera, lejos de ser reconfortante, los aterrorizaba. Hubieran preferido mil veces, alguien que se hiciera servir por ellos y que a cambio les demostrara ser capaz de afrontar con éxito la adversidad. En el fondo de nuestro corazón, ¿no preferiríamos un Dios menos humilde, pero se muestre suficientemente poderoso para socorrernos en nuestras necesidades, un Dios menos amante pero más “útil”?

Pero aceptar, como finalmente admite Pedro, ser servido por Jesús, es una condición indispensable para entender el segundo sentido del gesto: “¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor,

os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”.

Sólo aquél que abre su corazón al amor de Cristo, se deja servir por Él, creyendo en su Cruz redentora, entenderá por experiencia ese amor y será capaz de comunicarlo, “lavando los pies” a los hermanos. El mismo amor convertido en abajamiento y humildad. La medida del amor cambia para siempre: “Ámense unos a otros como yo los he amado” (Juan 13,34). Sólo quien ha aceptado el amor de Jesús será capaz de amar como Él.

Podemos imaginarnos qué duro fue el camino de los discípulos para aceptar este gesto de Jesús, purificar su imagen de Dios, entrar en la corriente del amor divino que se recibe gratuitamente y debe darse de la misma manera. Ese difícil camino nos espera a nosotros en estos días de Semana Santa. **Dejemos que Jesús nos lave los pies.** Aceptemos agradecidos lo que Él ha hecho por nosotros, y seremos capaces por su gracia de hacer lo mismo por los demás.

P. Gustavo Irrazábal